

ENRAIZADOS EN EL CORAZÓN DE JESÚS

*Orando con los textos
de la liturgia del Corazón de Jesús*



Meditaciones para el mes de junio

El mes de junio está dedicado tradicionalmente al Corazón de Cristo, símbolo de la fe cristiana particularmente apreciado tanto por el pueblo como por los místicos y teólogos, porque expresa de modo sencillo y auténtico la “buena nueva” del amor, resumiendo en sí los misterios de la encarnación y de la redención. Por lo tanto, os invito a cada uno a renovar durante el mes de junio vuestra devoción al Corazón de Cristo.

Toda persona necesita tener un “centro” de su vida, un manantial de verdad y bondad del cual beber para afrontar las diversas situaciones y la fatiga de la vida diaria. Cada uno de nosotros, cuando se queda en silencio, no sólo necesita sentir los latidos de su corazón, sino también, más en profundidad, el pulso de una presencia fiable, perceptible con los sentidos de la fe y, sin embargo, mucho más real: la presencia de Cristo, corazón del mundo.

(Benedicto XVI en el Ángelus del 1 de junio de 2008)

Prólogo

El lema de los hermanos es el del Corazón de Jesús: “*Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón*”, dice la primera Regla del padre Andrés Coindre.

Siguiendo al fundador, el hermano Policarpo, el hermano Javier y demás antepasados nuestros caminaron por las sendas de la mansedumbre y humildad. Se santificaron haciendo realidad el *Ametur Cor Jesu*, nuestra divisa y común esperanza. Hicieron de la caridad el todo de su vida, la inspiración de su actividad apostólica y misionera (Rdv 12).

Los hermanos hemos recibido de nuestros fundadores, como herencia, la devoción al Sagrado Corazón (Rdv 112). Una herencia que queremos seguir guardando y desarrollando como fuente de inspiración y crecimiento del carisma.

Para ayudarnos a ello, durante treinta días vamos a escuchar y meditar la palabra de Dios,

- ↳ de la que el padre Andrés Coindre hacía su constante y más querido estudio,
- ↳ que el hermano Policarpo consideraba como su “primera Regla”,
- ↳ que inspira la vida de oración de los hermanos de todos los tiempos.

Para ello vamos a tomar los textos de la liturgia del Sagrado Corazón del mes de junio, que desarrollan ampliamente una espiritualidad del Corazón de Cristo.

Que la meditación de estos textos de la Sagrada Escritura nos haga descubrir el amoroso designio de Dios, que se nos ha manifestado en el corazón del Hijo, camino y signo del amor divino.

Mensaje “actualizado” del padre Andrés Coindre

Queridos hermanos:

Vuestra Regla dice que habéis recibido de vuestros fundadores, como herencia, la devoción al Sagrado Corazón. Es algo que me llena de satisfacción.

La espiritualidad centrada en el Corazón de Jesús fue algo muy importante en mi vida. En el seminario, los padres de la fe me la inculcaron fuertemente. Por eso, cuando, respondiendo a las llamadas que iba descubriendo por las calles de Lyon y otros lugares visitados en mis misiones, fundé las tres congregaciones, no dudé ni un momento en ponerlas bajo la protección del Sagrado Corazón.

Quisiera destacar tres aspectos de esta espiritualidad, que para mí son muy queridos:

** Una espiritualidad que nació de la contemplación del corazón traspasado de Cristo. Todos os acordaréis de aquel sermón que di sobre la cruz. Las palabras que allí dije no eran sino mi propia experiencia: «La cruz, este nuevo misionero, os va a hablar en vez de hacerlo yo. Os anunciará el amor de todo un Dios hacia los hombres, que os amó hasta el colmo de daros el corazón de su propio Hijo».*

** Una espiritualidad que ha configurado toda mi vida. Uno de mis textos evangélicos preferidos es el de Mateo 11. Toda mi vida ha sido un intento de revestirme de los mismos sentimientos del corazón del Señor y, de una manera particular, de su mansedumbre y humildad. Esto es lo que he querido transmitir al afirmar que el lema de los hermanos es el del Corazón de Jesús: Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.*

** Una espiritualidad que ha sido siempre la fuente de mi apostolado. Sin duda os suena aquello de “Los hermanos recordarán a menudo estas palabras de Jesucristo: ‘He venido a traer fuego a la tierra y no deseo sino que arda’. Procurarán extender este fuego divino a todos los corazones...” ¡Cómo no os vais a acordar, si lo habéis puesto en el centro de vuestra actual Regla! La verdad es que, cuando la leí, me emocioné mucho.*

Hermanos, acudid a la Sagrada Escritura para saciar vuestra sed en esa fuente inagotable que es el Corazón de Jesús y vosotros mismos os convertiréis en fuentes cuyas aguas saltan hasta la vida eterna.

DEL CORAZÓN DE MARÍA AL CORAZÓN DE JESÚS

1. LUCAS 11, 27-28

Cuando nos disponemos a meditar aquellas lecturas que la liturgia nos presenta para contemplar el amor de Dios manifestado en el Corazón de Jesús, tengamos muy presente que *“María, la virgen fiel, es para nosotros más que un modelo: es nuestra madre y educadora. Que ella, prenda de nuestra fidelidad, nos ayude a guardar la Palabra y a meditarla en nuestro corazón”* (Cf. Rdv 178).

Mientras decía esto, una mujer de entre la gente gritó: «Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te amamantaron».

Pero él le dijo: «Dichosos, más bien, los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica».



En este mes de junio quiero acompañaros cada día en la meditación de la Palabra, de las palabras que hablan de las “riquezas” de mi corazón, del inmenso amor del corazón de Dios. Respondiendo a mi invitación, queréis asistir a mi escuela y aprender a tener los mismos sentimientos de mi corazón, manso y humilde.

Ante todo, quiero daros un consejo: mirad a María, mi madre y vuestra madre, para aprender en qué consiste “guardar la Palabra y meditarla en el corazón”.

María fue, desde el primer momento, la humilde servidora que aceptó, sin comprender demasiado, el plan que Dios tenía para ella y, por su medio, para toda la humanidad.

En la noche de Belén, en la oscuridad y pobreza de aquel establo, cuando era tan difícil aceptar cómo Dios estaba haciendo realidad su proyecto salvador, ella seguía guardando todas estas cosas en su corazón. Cuando llegué a la mayoría de edad, los doce años, y me “perdí” en el templo, María expresó su angustia y su preocupación, pero también lo fue guardando en su corazón de madre, para luego rumiarlo, meditarlo...

Por eso, cuando una mujer exclamó con entusiasmo: «*Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te amamantaron*», mi respuesta fue: «*Dichosos, más bien, los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica*». Esto no fue minusvalorar su persona, -¡cómo lo iba a hacer si era mi madre!- sino la mejor de mis alabanzas. María, a fuerza de escuchar y de guardar en el corazón, se había convertido en la mejor de las discípulas. ¿De quién aprendí yo a escuchar la voz de mi Padre, sino de María y José, los mejores escuchadores que he conocido?

Cada día, cuando vayáis a abrir las páginas del evangelio, y os encontréis los textos que os hablan de mi corazón, rogad siempre al corazón de María que os enseñe, a su estilo, a escuchar la Palabra y a ponerla por obra.

Os deseo una buena peregrinación por los caminos del corazón, por los caminos de mi corazón. No tengáis miedo, tenéis una buena compañera para el camino.

PRIMERAS LECTURAS: ANTIGUO TESTAMENTO

2. ÉXODO 34, 4b-6. 8-9

En el Éxodo, Dios se nos revela como el Dios compasivo y misericordioso. Nosotros, “*por nuestra entrega desinteresada y benévola, podemos revelar a los hombres el rostro compasivo del Señor y atraerlos a él*” (Cf. Rdv 152).

Moisés subió de madrugada al monte Sinaí llevando en sus manos las dos tablas de piedra. El Señor bajó en una nube y se quedó allí junto a él. Moisés entonces invocó el nombre del Señor, y él pasó delante de Moisés diciendo con voz fuerte: «Señor, Señor, Dios compasivo y misericordioso, tardo a la cólera y rico en amor y en fidelidad». Al momento, Moisés se inclinó y se echó por tierra, diciendo: «Señor, si realmente me miras con buenos ojos, ven y camina en medio de nosotros; aunque sea un pueblo rebelde, perdona nuestras faltas y pecados, y recíbenos por herencia tuya».



Aquel día era muy especial. Tenía una cita importante. Ni más ni menos el mismo Dios quería encontrarse conmigo. Por eso, muy de mañana, emprendí la marcha y subí al monte. Dios era el Altísimo y para encontrarme con él tenía que subir... y subir. Cargué con las tablas de ley, en las que se compendaban todas mis creencias, así como todas mis obligaciones para satisfacer a ese Dios con el que me iba a encontrar.

Pero, ¡oh paradoja!, mientras yo subía, él bajaba. ¿Sería que me estaba enseñando el verdadero camino para el encuentro, el camino del abajamiento?

Él se había quedado junto a mí. Su presencia me había dejado sin palabras. Después de un largo momento de silencio, lo único que salió de mis labios fue la invocación de su nombre: ¡Señor!

Entonces sentí que ese Señor al que había invocado se ponía en movimiento, pasaba delante de mí y me envolvía por delante y por detrás, por la izquierda y por la derecha.

En mi corazón resonó con fuerza su palabra, una palabra de amistad como nunca había sentido, y me revelaba su secreto, su identidad más profunda. Aquel “Señor” al que había invocado, era “*compasivo y misericordioso, tardo a la cólera y rico en amor y en fidelidad*”.

Me abajé, con el rostro en tierra, porque había comprendido que la única subida que agradaba a Dios era bajar a lo más profundo. Y, sintiéndome en comunión con el Dios compasivo y misericordioso, me sentía en comunión con mi propio pueblo. Ese pueblo en camino que sentía las miserias de sus infidelidades, que soñaba con una felicidad que nunca llegaba a tocar con sus manos, y por eso se impacientaba y dudaba. Pero comprendí que, estar de parte de Dios, era no condenar, sino sentirse parte de mi pueblo, su pueblo. Por eso, de mi corazón surgió aquella sincera súplica: «*Ven y camina en medio de nosotros; aunque sea un pueblo rebelde, perdona nuestras faltas y pecados, y recíbenos por herencia tuya*».

Más que una petición a Dios por su pueblo, era una petición por mí mismo, para poder ser fiel a esa misma petición que me hacía mi pueblo.

Emprendí el camino de vuelta. Abajo me esperaban... Ya no llevaba las tablas de piedra, me bastaba que las palabras de Dios se hubieran grabado en mi corazón.

3. DEUTERONOMIO 7, 6-11

Nuestra vocación es un don del amor de Dios. La llamada no es debida a nuestros méritos. Por eso, la elección no nos da ningún derecho a sentirnos superiores a nadie; por el contrario, nos hace sentirnos revestidos de los mismos sentimientos del corazón de Jesús: mansedumbre, humildad, abandono, amor. *“Nuestra vocación encuentra la fuente de su inspiración y de su crecimiento en el Corazón de Jesús. Por tanto, nos esforzamos en manifestar en todo el abandono de Jesús a su Padre, su mansedumbre, humildad y amor”* (Cf. Rdv 171).

Habló Moisés al pueblo y dijo:

Tú eres un pueblo consagrado al Señor, tu Dios. El Señor, tu Dios, te ha elegido para pueblo suyo entre todos los pueblos que hay sobre la tierra. El Señor se fijó en vosotros y os eligió, no por ser el pueblo más numeroso entre todos los pueblos, ya que sois el más pequeño de todos.

Porque el Señor os amó y porque ha querido cumplir el juramento hecho a vuestros padres, os ha sacado de Egipto con mano poderosa y os ha librado de la casa de la esclavitud, de la mano del Faraón, rey de Egipto. Reconoce, por tanto, que el Señor, tu Dios, es el verdadero Dios, el Dios fiel, que guarda la alianza y la misericordia hasta mil generaciones a los que lo aman y cumplen sus mandamientos, y que castiga en su propia persona a los que lo odian. Hace perecer sin tardanza a quien le odia, y lo hiere con castigo personal.

Guarda, por tanto, tú sus mandamientos, sus leyes y estatutos que hoy te prescribo, poniéndolos en práctica.



Habíamos pasado cuarenta años esperando entrar en esa tierra soñada por nuestros antepasados Abraham, Isaac y Jacob. Cuarenta largos años y ahora estábamos a sus puertas. Cuarenta años en que yo les había guiado, les había acompañado en lo bueno y en lo malo, en la fidelidad y en la rebeldía.

Y llegado el gran momento, sentí que mis fuerzas se acababan y que esa tierra prometida sólo podría vislumbrarla a lo lejos y sólo podría poseerla por el deseo del corazón.

Junté a mi pueblo y les dirigí mis palabras de despedida, mi testamento. ¿Y qué podría decirles?, ¿cómo expresarles lo que yo había experimentado en el diálogo, tan cercano y tan distante, con el Dios de mis padres, con mi Dios? No me salieron grandes discursos, simplemente les dije: «*Dios se ha enamorado de vosotros*», a lo que siguió un largo silencio. Y vi en los ojos de mi pueblo cómo afloraba de su corazón los sentimientos amorosos hacia sus seres queridos: su mujer o marido, su novio o novia, sus padres e hijos...; y vi que sus ojos se iluminaban.

Y seguí mi discurso. Sí, Dios se había enamorado locamente de ese diminuto e insignificante pueblo, su pueblo. Pero a continuación les previne de un gran peligro: tenían que estar atentos, porque el sentirse tan privilegiados, elegidos, no suponía ser superior a otros pueblos –¡ni muchísimo menos!–, ni considerar esa elección como mérito propio. Por el contrario, Dios se había quedado prendado de ellos por ser los más pequeños, los más débiles y pecadores, los más necesitados de cuidado.

Y ahora, a punto de “conquistar” la tierra que tenían ante sus ojos, era algo que no podían olvidar. La única “conquista” que les estaba permitida era la de los corazones; y las únicas armas permitidas, las del cariño, sobre todo a los más pequeños. Ahora, al entrar en contacto con otros pueblos, al descubrir dioses poderosos y guerreros, dominadores y destructores, no podían olvidar que el Dios que les había sacado de la esclavitud, era el Dios “*compasivo y misericordioso, tardo a la cólera y rico en amor y en fidelidad*”.

4. DEUTERONOMIO 10, 12-22

“En sus relaciones con el prójimo, los hermanos manifiestan una gran bondad. Otorgan su predilección a los humildes y a los pobres, a los oprimidos y a los carentes de amor” (Rdv 126).

No hay verdadera relación con ese Dios que se nos ha manifestado en el Corazón de Jesús, si no amamos de corazón a los más pequeños. No podremos “pegarnos a él”, si no nos “pegamos a nuestros hermanos más pequeños”.

Habló Moisés al pueblo y dijo:

Y ahora, Israel, ¿qué es lo que te pide el Señor, tu Dios? Que respetes al Señor, tu Dios; que sigas sus caminos, que le sirvas y que le ames con todo tu corazón y con toda tu alma; que guardes sus mandamientos y sus leyes, que hoy te prescribo yo, para que seas feliz.

Mira: del Señor, tu Dios, son los cielos, aun los más altos, la tierra y todo lo que hay en ella. Sin embargo, sólo se unió con tus padres, y esto por amor; y después de ellos eligió a sus descendientes, vosotros mismos, entre todas las naciones, hasta el día de hoy.

Circuncidad vuestro corazón y no sigáis más con vuestra cabeza dura, pues el Señor, vuestro Dios, es el Dios de los dioses y Señor de los señores, el Dios grande, fuerte y temible, que no admite acepción de personas ni se deja comprar con regalos. Haced justicia al huérfano y a la viuda, amad al emigrante suministrándole pan y vestido.

Amaréis también vosotros al emigrante, ya que emigrantes fuisteis en Egipto. Respetarás al Señor, tu Dios; le servirás, te pegarás a él, en su nombre jurarás. Él será tu orgullo, él será tu Dios, que ha hecho por ti cosas grandes y hazañas tremendas, que tus mismos ojos han visto. Tus padres bajaron a Egipto en número de 70 personas, y ahora el Señor, tu Dios, te ha hecho numeroso como las estrellas del cielo.



Al día siguiente seguí dirigiendo a mi pueblo mis palabras de despedida. Comencé como el día anterior, insistiendo en que Dios se había enamorado de ellos, que nada tenía que separarlos de él, que su único orgullo no podían ser esas hazañas guerreras que muchos soñaban para destruir enemigos, sino ese Dios que había hecho hazañas portentosas para proteger a su pueblo. A él sólo debían servir, a él sólo debían invocar, a él se podían “pegar”.

El pueblo me preguntó qué les pedía el Señor.

Después de pensar un poco, les dije que debían grabar su nombre en su propio corazón, que lo que les convertía en “pueblo” no era el rito de la circuncisión de sus prepucios, sino la circuncisión del corazón con la marca de su amor.

Aquel Dios del que son los cielos, aun los más altos, la tierra y todo lo que hay en ella, se había quedado con ellos para siempre; y esto por amor, por puro amor. A ese Dios tenían que ser fieles y no a ídolos fabricados por manos humanas y para servir los intereses de los más poderosos. Porque ese Dios cariñoso era el Dios que no admitía acepción de personas ni se dejaba comprar con regalos; era el Dios que hacía justicia al huérfano y a la viuda, amaba al emigrante suministrándole pan y vestido.

Me sentía cansado, ya no tenía otras palabras que decir a mi pueblo. Por última vez subí a la montaña, contemplé aquella tierra que se extendía debajo de mis ojos. El Señor “*compasivo y misericordioso, tardo a la cólera y rico en amor y en fidelidad*” bajó hasta mí, me acogió en sus manos y me hizo penetrar para siempre en su corazón.

5. ISAÍAS 49, 13-15

El amor de Dios se puede comparar al de una madre buena que no ama por las cualidades del hijo, sino porque es su hijo. Y porque Dios es así, también nosotros “*nos sabemos amados por Dios en nuestras limitaciones e incluso en nuestros fracasos*” (Cf. Rdv 81).

Cielos, gritad de gozo; alégrate, tierra; montes, saltad de júbilo, pues el Señor ha consolado a su pueblo, se ha compadecido de los desgraciados.

Sión decía: El Señor me ha abandonado, el Señor se ha olvidado de mí.

¿Puede acaso una mujer olvidarse del niño que cría, no tener compasión del hijo de sus entrañas? Pues, aunque ella lo olvidara, yo no me olvidaría de ti.



Hace ya mucho tiempo que, con gran parte de mi pueblo, vivía exiliado en Babilonia. Algunos se habían ido adaptando a la nueva situación; otros se sentían abandonados de la mano de ese Dios del que decían que en otro tiempo les había liberado de la esclavitud en Egipto; un pequeño grupo pensaba que había motivo para la esperanza, precisamente porque la situación era tan desesperada.

Aquel día yo estaba dando una vuelta por el mercado cuando de pronto vi una familia de israelitas que no había podido pagar sus deudas y estaba siendo vendida como esclavos. Como estaban en “buenas condiciones” y el precio no era excesivo, enseguida se encontraron compradores. Y he dicho bien “compradores”: el padre por una parte, la madre por otra, y finalmente los hijos. Inmediatamente les obligaron a separarse. Todo eran gritos y llantos. Sentí especialmente los lamentos patéticos de la madre y aquello me desgarró el corazón. Experimenté que la situación de nuestro pueblo era algo parecida: un pueblo dividido, destinado a la esclavitud... Y me pregunté dónde estaba ese Dios compasivo y misericordioso del que habían hablado nuestros padres.

En ese instante, cual rayo, la palabra del Señor vino sobre mí y me dijo: *«¿Puede acaso una mujer olvidarse del niño que cría, no tener compasión del hijo de sus entrañas? Pues, aunque ella lo olvidara, yo no me olvidaría de ti»*.

Y, de pronto, mi abatimiento se cambió en júbilo y comencé a gritar en medio de la plaza: *«Cielos, gritad de gozo; alégrate, tierra; montes, saltad de júbilo, pues el Señor ha consolado a su pueblo, se ha compadecido de los desgraciados»*.

La gente se arremolinó en torno a mí. Me pedían que me callara, que podía armar un tumulto, que no tardarían en venir los guardias y tendría problemas. Pero nadie podía hacerme callar. ¡No eran mis palabras, era la palabra de Dios!, del Dios que nos quería más que una madre y que llevaba a cada uno tatuado en la palma de su mano. La mayoría pensaba que me había vuelto loco, pero también observé que en los ojos de algunos brillaba de nuevo la esperanza.

6. JEREMÍAS 31, 1-4

Somos parte de la familia de Dios, somos su pueblo; y, como pueblo suyo, caminamos hacia él. La Regla, después de proclamar en su primer artículo que Dios es amor, completa este acto de fe con otro que va indisolublemente unido: *“Hemos llegado a ser partícipes de la naturaleza divina y miembros del pueblo de Dios”* (Cf. Rdv 2).

En aquel tiempo –dice el Señor– yo seré el Dios de todas las familias de Israel y ellos serán mi pueblo. Esto dice el Señor: Ha hallado gracia en el desierto el pueblo escapado de la espada. Israel se dirige a su descanso. De lejos el Señor se le ha aparecido.

*Con amor eterno te he amado, por eso te trato con lealtad.
Te construiré de nuevo y serás reconstruida.*



¡Qué difícil es la vida de un profeta! Yo vivía tranquilo hasta que un día, siendo muy joven, sentí la palabra del Señor que me “forzaba” a dirigirme al mismísimo rey y a sus más altos funcionarios para denunciar todas sus injusticias y para anunciarle una ruina inminente en todo el país, ruina que ellos estaban provocando con su desafortunada política y su vida disoluta. Esto me valió la prisión y la tortura. De milagro me salvé de la muerte.

En mi angustia y desesperación me dirigí al Señor diciendo: *«Tú me has seducido, Señor, y yo me he dejado seducir; has sido más fuerte que yo, me has podido. Me he convertido en irrisión*

continua, todos se burlan de mí. Pues cada vez que hablo tengo que gritar y proclamar: ¡Violencia y ruina! La palabra del Señor es para mí oprobio y burla todo el día. Señor mío, jamás he ido a divertirme a una reunión de burlones; bajo el peso de tu mano he estado solitario, pues tú me habías llenado de tu ira. ¿Por qué mi dolor no tiene fin? ¿Por qué mi herida es incurable, indócil al remedio? ¿Vas a ser para mí como un arroyo engañoso, de aguas caprichosas?»

En aquellos momentos de crisis me decía que nunca más iba a pensar en él, que no hablaría más en su nombre. Pero, una y otra vez, había en mi corazón como un fuego abrasador encerrado en mis huesos que no lograba contenerlo.

Y cuando la situación era más insostenible, cuando el pueblo sufría el destierro, cuando todos se lamentaban y solamente tenían pensamientos de muerte sin remedio, la palabra del Señor vino sobre mí. Y esta vez no eran palabras de destrucción. A las palabras de amenaza al rey y sus magnates, ahora iban brotando de mi boca palabras de esperanza para el pueblo, que sufría las consecuencias. Palabras que hablaban de amor eterno, de gracia y fidelidad, de reconstrucción, de entrar en el descanso. Y no eran palabras para unos pocos, eran para todo su pueblo.

No, el Señor no se había olvidado de ellos, era el pueblo el que se había olvidado de su Dios; pero él seguía fiel y no había olvidado sus promesas. El “castigo” había sido providencial y había “forzado” a volver sus corazones a ese Dios que siempre estaba esperando su vuelta. Es la extraña lógica del amor que hasta de lo más negativo sabe hacer brotar el bien.

¡Ser profeta tiene también sus consuelos!

7. EZEQUIEL 34, 11-16

El servicio de la autoridad debe inspirarse en la imagen de Dios, pastor de su rebaño: *“Hermano entre los hermanos, el superior ejerce su autoridad de modo que exprese la misma solicitud y el mismo amor del Señor a los suyos”* (Cf. Rdv 103). Y lo que decimos de los superiores, debe aplicarse a todos los que de una manera u otra tienen una misión de autoridad.

Pues esto dice el Señor Dios:

Yo mismo cuidaré de mi ganado y le pasaré revista. Como un pastor pasa revista a su ganado cuando se encuentra entre su rebaño disperso, así pasaré yo revista a mis ovejas y las recobraré de todos los lugares donde se habían dispersado en día de nubes y tinieblas.

Las sacaré de en medio de los pueblos y las recogeré de entre los países. Las llevaré a su tierra, las pastorearé por los montes de Israel, por los valles y en todos los lugares habitados del país.

Las apacentaré en pastos escogidos; su majada estará en los montes altos de Israel; allí descansarán en cómodo aprisco y pacerán pingües pastos por los montes de Israel.

Yo mismo llevaré mi rebaño a pastar y lo devolveré al lugar de su descanso, dice el Señor Dios. Buscaré la oveja perdida y haré volver a la descarriada; vendaré a la herida, fortaleceré a la flaca, cuidaré de la gorda y robusta; las apacentaré como es justo.



Siendo pequeño, contemplé muchas veces cómo los rebaños, guiados por sus pastores, pasaban delante de la puerta de mi casa. Y, aun siendo tan pequeño, enseguida distinguía entre los buenos y malos pastores.

Los niños pequeños piensan que, de mayores, tendrán cien oficios diferentes, depende del día. Yo también soñaba ser pastor, entre otras cosas. Pasados los años, llegué a ser pastor; pero de una manera diferente, es decir, pastor de personas, sacerdote del templo.

Aquí también descubrí que había buenos, regulares e incluso malos pastores. A veces, cuando se habla de este asunto, se nos presenta una imagen idílica: la del pastorcito con su ovejita. Pero, en mi misión de pastorear, descubrí que ser buen pastor significa fatiga, sudor, desvelos, vigilias, solicitud, mimo, honda ternura y entrega total en un género de vida ingrato. Por eso, no siempre es fácil, y no es frecuente, ser buen pastor. ¡Y yo quería ser buen pastor!

Entonces sentí que el Señor me hablaba desde lo profundo del corazón:

¿Quieres ser buen pastor? Fíjate en mí, que soy el verdadero pastor de todo mi pueblo. Un pastor que cuida de las ovejas de su rebaño, que busca a las perdidas y las reúne cuando se dispersan, que vinda a las heridas y fortalece a las débiles, que las lleva a los mejores pastos, que las lleva al lugar de su descanso.

La misión del pastor no es condenar ni sacrificar a sus ovejas, es mostrarles con su propia vida cómo es su verdadero pastor.

¡No te olvides nunca del pastor de los pastores, de tu Pastor!

Tus ovejas te lo agradecerán.

8. OSEAS 11, 1. 3-4. 8c-9

Aunque a veces tengamos experiencia de sinsentido, creemos en “*el infinito amor con el que Dios ha marcado toda la historia de los hombres. El Corazón de Jesús encierra y manifiesta ese amor*” (Cf. Rdv 113).

Esto dice el Señor:

Cuando Israel era niño, yo le amaba, y de Egipto llamé a mi hijo. Y yo enseñaba a Efraín a caminar, lo llevaba en brazos; pero no han comprendido que yo le curaba.

Con cuerdas de cariño los atraía, con lazos de amor; fui para él como quien alza a un niño sobre su propio cuello y se inclina hacia él para darle de comer.

Mi corazón se revuelve dentro de mí, y todas mis entrañas se estremecen. No actuaré según el ardor de mi ira, no destruiré más a Efraín, porque yo soy Dios, no un hombre; en medio de ti yo soy el Santo, y no enemigo a la puerta.



Me había enamorado perdidamente de una prostituta. La pasión por ella me producía un placer infinito y, al mismo tiempo, me volvía loco. Por ella era capaz de cualquier cosa. Un día le propuse el matrimonio y ella aceptó. Y, cuando todo parecía ir muy bien, un día, sin más ni más, me abandonó...

Al principio me desesperé, luego descubrí que no podía vivir sin ella y decidí que tenía que recobrar su amor... y su vuelta. Pero para ello tuve que aprender algo muy difícil: el amor, el verdadero amor, más allá de la pasión, es un largo aprendizaje de entrega, gratuidad y perdón... Y salí de nuevo en su búsqueda.

Y lo que estaba viviendo como una aventura de amor humano, se fue revelando como un verdadero camino de espiritualidad; y fui descubriendo cuán apasionado y entregado era el amor de Dios para conmigo, como el amor de un esposo profundamente enamorado, como el amor de un padre y de una madre para con su hijo pequeño.

En este poema que compuse, quise expresar lo mismo que había sentido en aquellos momentos; y no encontré mejor imagen que la del amor de una madre para con sus hijos, un amor que no depende del buen comportamiento de los mismos. El amor de Dios, como el de una madre, habla de cuidado amoroso con que una madre enseña a andar a su hijo, lo alimenta con sus pechos, lo besa y abraza con cariño.

Cuántas veces nos han presentado a Dios como el “enemigo” del hombre. ¿Por qué no hacerse como niños y sentirse en los brazos de Dios como un bebé en los de su madre?

PRIMERAS LECTURAS EN TIEMPO PASCUAL

9. APOCALIPSIS 3, 14. 20-22

La consagración es respuesta, porque todo empieza por una llamada. *“En una elección iluminada por el llamamiento del Señor, entregamos nuestro ser a la persona amante de Cristo, preferido a todo, abrazamos su estilo de vida y consagramos nuestras energías al servicio del Evangelio”* (Cf. Rdv 68).

Escribe al ángel de la iglesia en Laodicea:

He aquí el amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios. He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo. Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido y me he sentado con mi Padre en su trono.

El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.



Formo parte de la Iglesia de Laodicea, una de las siete iglesias de la provincia de Asia y que nos gloriamos de haber sido fundada por Juan, “el discípulo amado”. Los habitantes de nuestra ciudad estamos orgullosos por la riqueza financiera, por una industria textil exclusiva y por un colirio para los ojos que se exporta a todo el mundo.

Pero no todo es positivo en nuestra iglesia. Somos una iglesia satisfecha de sí misma, pero que dormita en la mediocridad. Hace poco hemos recibido una carta de Juan, un portavoz del Discípulo amado, que nos ha dejado helados. Nosotros, que nos gloriamos de nuestras riquezas, de nuestros ricos vestidos y de remedios para los males de la vista, en realidad estamos pobres, desnudos y ciegos. Pensamos ser afortunados, pero en lo profundo de nuestro corazón somos desventurados.

La provisión de agua de la ciudad proviene de manantiales calientes a cierta distancia, así que llega tibia. Normalmente las bebidas del consumo son frías o calientes, el agua tibia se emplea como vomitivo porque produce náuseas. ¡Esa es la triste situación de esta iglesia! Merecemos ser vomitados de la boca del Señor.

Pero estas duras palabras se acompañan a continuación con las más dulces, salidas del corazón de Jesús. Él, fuente de toda riqueza (la verdadera riqueza, no de la que nosotros nos honramos), no duda en convertirse en mendigo que llama a la puerta de nuestros pobres y a la vez arrogantes corazones. Así se muestra la grandeza de la pequeñez.

A nuestra comunidad, que se piensa rica, Jesús se presenta como un mendigo que pide alojamiento, como un corazón que demanda cariño. La solución a la situación extrema de la comunidad es bien sencilla: simplemente abrir los oídos para escuchar su humilde llamada y abrirle las puertas de nuestros corazones. De este modo se producirá el encuentro de corazones: la comunidad le ofrecerá a Jesús alojamiento y Jesús ofrecerá lo mejor que tiene, su cena –es decir, su cuerpo y sangre– ofrecida por todos nosotros. Leyendo este fragmento de la carta, viene a la memoria la última cena de Jesús, en la que el Discípulo recostó la cabeza en su pecho. Sí, en ese encuentro la comunidad de Laodicea hallará la verdadera riqueza, la razón de su existencia, la auténtica felicidad que no ha logrado con su actitud de superioridad y falsa satisfacción.

Ésa será la victoria de la comunidad, la misma victoria de Jesús, que se ha hecho pobre y humilde: sentarse en el trono con el Padre. Pero, para ello, debemos abrir bien los oídos para poder escuchar las palabras que Jesús nos dirige y que son como la última tabla de salvación para esta comunidad casi agonizante.

10. APOCALIPSIS 5, 6-12

Al igual que, en tiempos de persecución, los cristianos elevaban su canto de honor y alabanza al Cordero degollado, “*los hermanos viven en comunidad para rendir a Dios, como Iglesia, un culto de alabanza. Están llamados a transformar su trabajo y toda su existencia en una liturgia perpetua*” (Rdv 41).

Entonces vi esto: entre el trono con sus cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos, un Cordero estaba de pie, a pesar de haber sido sacrificado. Tenía siete cuernos y siete ojos, que son los siete espíritus de Dios enviados a toda la tierra.

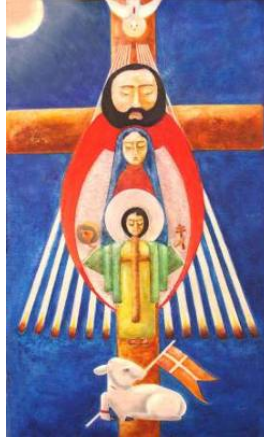
El Cordero se adelantó y tomó el libro de la mano derecha del que está sentado en el trono. Cuando lo tomó, los cuatro seres vivientes se postraron ante el Cordero.

Lo mismo hicieron los veinticuatro ancianos que tenían en sus manos arpas y copas de oro llenas de perfumes, que son las oraciones de los santos. Y cantaban este cántico nuevo: Eres digno de tomar el libro y de abrir sus sellos, porque fuiste degollado y con tu sangre compraste para Dios hombres de toda raza, lengua, pueblo y nación. Los hiciste reino y sacerdotes para nuestro Dios, y reinarán sobre la tierra.

Yo seguía mirando, y oí el clamor de una multitud de ángeles que estaban alrededor del trono, de los seres vivientes y de los ancianos. Eran millones, centenares de millones, que gritaban a toda voz: Digno es el Cordero degollado de recibir poder y riqueza, sabiduría y fuerza, honor, gloria y alabanza.

Eran tiempos difíciles, tiempos de persecución. Los romanos habían decretado obligación de venerar al emperador como al único señor, “el César”. Los que se negaran, podían ir a prisión, perder sus bienes, ser desprovistos de sus cargos públicos e incluso ser condenados a muerte.

Las comunidades pasaron a vivir en la clandestinidad. En la nuestra algunos de los dirigentes habían sido martirizados. En esos tiempos de persecución y tribulación muchos estaban desanimados e incluso algunos habían apostatado de la fe. Por eso, recibir el librito que nos envió nuestro hermano Juan, fue para todos un gran consuelo.



Es verdad que los momentos eran difíciles, que eran tiempos de martirio; pero en todo esto, Jesús, el primer mártir, el corderillo sacrificado, nos había precedido y ¡había triunfado! No podíamos celebrar abiertamente nuestras oraciones, ni entonar nuestros cánticos, pero se nos invitaba a dirigir la mirada hacia lo alto y participar en la gran liturgia del cielo, en donde centenares de millones de hombres y mujeres de toda raza, lengua, pueblo y nación invocaban con alegría al Cordero, que había sido degollado y que ahora estaba de pie junto al trono de Dios. Juan nos invitaba a dirigir la mirada hacia aquél que había sido traspasado, una mirada que nos daba salvación y valor para soportar la tribulación.

Pero el librito nos ponía en guardia de una amenaza mucho más peligrosa: la de aquellos que nos querían matar el alma. Pues la tibieza se había introducido en bastantes miembros de la comunidad y esa muerte era mucho más peligrosa que los que

deseaban destruir nuestras vidas corporales. Habíamos descuidado la alegría y todo lo que tiene de gozoso el seguimiento de Jesús. Repetíamos sus bienaventuranzas como un programa y no como una buena noticia; no nos atrevíamos a creer que pudiera ser verdad la felicidad que él prometía: nacer de nuevo, perder el miedo... Muchos habían “negociado” con su identidad para adaptarse a los estilos de felicidad que ofrecía Roma, la nueva Babilonia, y habían dejado que los valores de la instalación y la superficialidad primaran sobre las relaciones con nuestro Señor, con nuestros hermanos y con las personas que se nos han confiado.

El costado traspasado de Jesús daba acceso a la felicidad: la puerta estrecha de la sobriedad de vida, el compartir como proyecto alternativo al poseer, la gratuidad como fuente de libertad, el agradecimiento como música de fondo de nuestra liturgia.

Hermanos, cuando se multipliquen las pruebas, cuando sintáis la tentación de renunciar a llevar la cruz, cuando la tristeza y la apatía os invadan, hay que cultivar esa alegría que es como una zona verde en medio de una ciudad taciturna.

El Señor, el Cordero traspasado, os hace una invitación: *Al vencedor yo le daré una piedrecita blanca que lleva grabado el secreto de una “alegría disidente” y con la que se puede jugar al juego de mi Reino: un juego en el que gana el que pierde y en el que encuentra un tesoro el que se queda sin nada.*

SALMOS RESPONSORIALES

11. ISAÍAS 12, 2-6

*“De su costado, del que brotan la sangre y el agua,
Jesús hace nacer la Iglesia y los sacramentos
para que, atraídos por su corazón,
vengamos todos a sacar agua
con alegría a las fuentes de la salvación”* (Cf. Rdv 114).

Hace años vivía en el destierro de Babilonia. La situación era francamente difícil. Habíamos perdido casi todo; sólo nos quedaba la esperanza. Y ésta no nos la podían quitar, porque no era nuestra, sino un don de nuestro Dios “Yahvé”, quien, aunque pareciera lo contrario, seguía estando presente entre nosotros. ¡Se había hecho desterrado con los desterrados!

Vivíamos del deseo, y ese deseo era tan fuerte que de alguna manera el futuro iba ya haciéndose realidad. Por eso, nuestros cantos no eran lamentaciones, sino acción de gracias por esa salvación que sentíamos tan cercana. Nuestros cantos hablaban de confianza, de ausencia de temor, de júbilo, de salvación.

La palabra de Dios vino sobre nosotros: «¡Oh, todos los que estáis sedientos, venid por agua, aunque no tengáis dinero!» Y en el desierto de nuestro corazón se derramaba con abundancia agua viva, agua que brotaba desde el mismo corazón de Dios.



*R/ Sacaréis agua con alegría
de la fuente de la salvación.*

Dios es mi salvador;
confío en él, no temo,
porque mi fuerza y mi júbilo
es el Señor;
él es mi salvación.
Y sacaréis agua con alegría
de la fuente de la salvación.

*R/ Sacaréis agua con alegría
de la fuente de la salvación.*

Dad gracias al Señor,
invocad su nombre,
proclamad sus proezas
entre las naciones,
repetid que su nombre es sublime.

*R/ Sacaréis agua con alegría
de la fuente de la salvación.*

Cantad al Señor,
porque ha hecho maravillas;
que toda la tierra lo conozca.
Exulta, grita de júbilo,
habitante de Sión,
pues grande es en ti
el Santo de Israel.

*R/ Sacaréis agua con alegría
de la fuente de la salvación.*

12. SALMO 22, 1-6

“El acompañamiento espiritual, medio indispensable para nuestra formación, favorece el progreso en la vida interior y facilita el discernimiento de los caminos por los que el Espíritu Santo nos lleva hacia el Padre” (Cf. Rdv 173). El mismo Dios se hace acompañante de nuestro camino por la mediación de los hermanos.

Somos un pueblo peregrino. La Escritura nos recuerda dos de esos grandes viajes: los retornos de Egipto y Babilonia. El viaje supone grandes peligros, enemigos que acechan, caminos desconocidos. Es sentirse como un débil rebaño rodeado de lobos hambrientos, cuyos aullidos resuenan en medio de la noche.

Lo que necesita ese pueblo asustado es no sentirse solo, experimentar que alguien le acompaña. Que el Señor su Dios no le ha abandonado y que se hace presente, oculto y visible al mismo tiempo. Y si Dios se hace presente, podremos exclamar: «¡Nada nos falta!»

Cuando la arena borra las rutas del desierto y sobre el rebaño planean males mortales, Dios, como buen pastor que conoce a sus ovejas, se pone al lado de cada una dispuesto a dar su vida por ellas, si fuera necesario. Y, cuando llega el momento de detenerse, de tomar un poco de descanso, Dios se convierte en el hospedero que nos prepara la mesa y nos sirve, que nos hace olvidar los malos momentos pasados en una fiesta que llena nuestro corazón de alegría.

Estaremos de camino hasta que lleguemos a la tierra que se nos ha prometido, pero nos sentimos muy bien acompañados por el Pastor y el Hospedero: ¡la bondad y el amor de su corazón nos acompañarán todos los días de nuestra vida!



R/ El Señor es mi pastor, nada me falta.

El Señor es mi pastor, nada me falta:
en verdes praderas me hace reposar,
me conduce hacia las aguas del remanso
y repara mis fuerzas.

R/ El Señor es mi pastor, nada me falta.

Me guía por los senderos de justicia,
por amor a su nombre;
aunque vaya por un valle tenebroso,
no tengo miedo a nada, porque tú estás conmigo,
tu voz y tu cayado me sostienen.

R/ El Señor es mi pastor, nada me falta.

Me preparas una mesa ante mis enemigos,
perfumas con unguento mi cabeza
y me llenas la copa a rebosar.

R/ El Señor es mi pastor, nada me falta.

Lealtad y dicha me acompañan
todos los días de mi vida;
habitaré en la casa del Señor por siempre jamás.

R/ El Señor es mi pastor, nada me falta.

13. SALMO 24, 4-10. 14

Nadie quiere perderse, todos queremos saber los caminos adecuados para llegar a los sitios: *“El evangelio nos muestra al Salvador con el costado traspasado como la fuente del Espíritu vivificador, el camino y el signo del amor divino”* (Cf. Rdv 114).

Me acuerdo de este salmo, cuando en mi infancia iba a la escuela y el maestro consideraba éste como su salmo favorito. Era además muy pedagógico, pues cada versículo comenzaba con cada una de las letras del alfabeto. Nos encantaba aprenderlo de memoria y recitarlo.

Han pasado los años y ahora soy yo el que he dedicado mi vida a la educación. Sigo utilizando este salmo para mis pequeños alumnos, pero sobre todo lo utilizo para mi vida.

Aquí aprendo cómo el verdadero maestro no soy yo, sino él, el Señor: yo muestro caminos, pero él es el camino; yo les presento los textos de la Escritura, pero él es quien verdaderamente les “explica” en qué consiste la Alianza. Aquí se me revela cómo es el corazón de Dios: misericordioso, bondadoso, recto, leal; aquí descubro quiénes son sus “discípulos favoritos”: los pequeños, los descarriados, los humildes.

Señor, muchas veces me desanimo porque no soy ese maestro que debería ser; en mi vida, desde mi juventud, el pecado se hace presente. Por eso, hago mía la oración del salmo: *«Muéstrame tus caminos, enséñame tus sendas; guíame en tu verdad, enséñame, ¡tú eres mi Dios y mi salvador, yo siempre espero en ti!»*



R/ Acuérdate, Señor, de tus misericordias.

Muéstrame tus caminos, Señor, enséñame tus sendas;
guíame en tu verdad, enséñame;
tú eres mi Dios y mi salvador, yo siempre espero en ti.

R/ Acuérdate, Señor, de tus misericordias.

Acuérdate, Señor, de tu misericordia y tu bondad,
que son eternas;
olvídate de los pecados de mi juventud y de mis faltas;
acuérdate de mí, Señor, con misericordia y con bondad.

R/ Acuérdate, Señor, de tus misericordias.

El Señor es bueno y recto
y enseña el camino a los descarriados,
conduce en la justicia a los humildes,
enseña a los humildes su camino.

R/ Acuérdate, Señor, de tus misericordias.

Los caminos del Señor son amor y lealtad
para quien guarda su alianza y sus preceptos.
El Señor se confía a sus leales y les explica su alianza.

R/ Acuérdate, Señor, de tus misericordias.

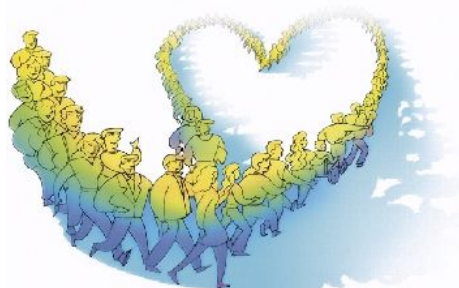
14. SALMO 32, 1-2. 4-5. 11-12. 18-21

Los proyectos del corazón de Dios subsisten de edad en edad: *“La meditación de la Sagrada Escritura nos hace descubrir esos amorosos designios de Dios, cuya expresión culmina en la muerte redentora del Hijo”* (Cf. Rdv 115).

Durante muchos años, en las comunidades se celebraba la misa del primer viernes de mes. La antífona de entrada, cantada normalmente en gregoriano, era precisamente el versículo 11 de este salmo: *“Cogitationes cordis eius”, “los pensamientos de su corazón...”*. Extraña expresión: un corazón que piensa. ¿En qué piensa el corazón de Dios? Y una vez más se dice lo que se va repitiendo en muchos de los salmos: en el corazón de Dios tienen su sede la misericordia, la justicia, la lealtad y la sinceridad... Y para proseguir con metáforas creativas se nos dice a dónde se dirigen los ojos del corazón de Dios: los ojos del Señor están puestos en sus fieles, en los que esperan su misericordia, en aquellos que están amenazados por peligros de muerte.

Si esos son los proyectos de su corazón, el nuestro tiene que estallar de alegría y prorrumpir en un canto de acción de gracias, acompañado de los instrumentos más melódicos.

¿Y cuáles son los proyectos de nuestros corazones? El salmista nos invita a tener un corazón que confía. ¿Qué más necesitamos?



R/ Aprended de mí, que soy humilde y bondadoso.

Justos, alabad al Señor,
la alabanza es propia de los rectos;
dad gracias al Señor con la cítara,
tocad en su honor con el arpa de diez cuerdas.

R/ Aprended de mí, que soy humilde y bondadoso.

Que la palabra del Señor es eficaz,
y sus obras demuestran su lealtad;
él ama la justicia y el derecho,
la tierra está llena del amor del Señor.
Pero el plan del Señor subsiste eternamente,
los proyectos de su corazón, de edad en edad.

R/ Aprended de mí, que soy humilde y bondadoso.

Dichosa la nación que tiene al Señor por Dios,
el pueblo que él se escogió por heredad.
Los ojos del Señor están puestos en sus fieles,
en los que esperan su misericordia,
para librar sus vidas de la muerte
y sostenerlos en tiempos de hambre.

R/ Aprended de mí, que soy humilde y bondadoso.

Nosotros esperamos al Señor,
él es nuestro auxilio y nuestro escudo;
en él se goza nuestro corazón,
en su santo nombre confiamos.

R/ Aprended de mí, que soy humilde y bondadoso.

15. SALMO 33, 2-9. 17-19. 23

Bendeciré al Señor a todas horas, su alabanza estará siempre en mi boca, dice el salmista. Por eso, *“toda nuestra existencia ha de tender a la adoración, alabanza y acción de gracias. El Espíritu nos impulsa a la confianza, porque Dios es bueno y fiel; a la súplica, porque es el dueño de nuestras vidas”* (Cf. Rdv 130).

Yo, Pedro, anciano y prisionero por Cristo Jesús, quien ha dado sentido a mi vida entera, por medio de Silvano escribí, a modo de testamento, una carta a los fieles de las diversas iglesias. Me he servido de algunos versículos del salmo 34, en particular de aquél que dice “gustad y ved qué bueno es el Señor”. Y éstas no son palabras bonitas: es la experiencia de toda una vida, de mi vida.

Sí, yo he podido comprobar lo bueno que ha sido el Señor para conmigo. Él me libró de todas mis ansias..., ansias de sobresalir, de ser el primero, de pensar que estaba destinado a resolver todos los problemas del grupo de sus discípulos.

Yo contemplé su radiante rostro en la montaña y fue una experiencia que nunca olvidaré...

En el momento de la Pasión, cuando todos le abandonamos, él nunca lo hizo..., preocupado más por nuestras angustias que por sus sufrimientos.

Cuando yo lancé mi grito desesperado, porque por tres veces le había negado, él me miró, y esa mirada me hizo llorar amargamente; pero me liberó de mis angustias y culpabilidades. ¡Cómo experimenté aquello de que “el Señor está cerca de los atribulados, él salva a los que están hundidos”!

Por eso, os invito a bendecir al Señor en todo momento...

Y cuando llegue el momento del adiós podréis decir, como yo:
«He gustado y he visto qué bueno es el Señor».

R/ Gustad y ved qué bueno es el Señor.

Bendeciré al Señor a todas horas,
su alabanza estará siempre en mi boca;
mi alma se gloria en el Señor,
que lo oigan los humildes y se alegren.

R/ Gustad y ved qué bueno es el Señor.

Alabad conmigo la grandeza del Señor,
ensalcemos su nombre todos juntos.
Busqué al Señor y él me contestó,
y me libró de todas mis ansias.

R/ Gustad y ved qué bueno es el Señor.

Contempladlo y quedaréis radiantes,
vuestro rostro no se avergonzará.
Si el afligido invoca al Señor, él lo escucha
y lo salva de sus angustias.

R/ Gustad y ved qué bueno es el Señor.

El ángel del Señor acampa
en torno a sus fieles y los protege.
Gustad y ved qué bueno es el Señor,
dichoso el hombre que se refugia en él.

R/ Gustad y ved qué bueno es el Señor.

El Señor se enfrenta con los criminales
para borrar su memoria de la tierra.
Cuando uno grita, el Señor lo escucha
y lo libra de sus angustias.

R/ Gustad y ved qué bueno es el Señor.

El Señor está cerca de los atribulados,
él salva a los que están hundidos.



El Señor rescata la vida de sus siervos,
los que en él se refugian no serán castigados.

R/ Gustad y ved qué bueno es el Señor.

16. SALMO 102, 1-10

Para aprender a orar, hay que aprender a amar; para aprender a amar, hay que aprender a rezar. *“El amor a Dios y al prójimo nos hace descubrir los caminos de la oración”* (Cf. Rdv 133).

Hoy ha sido un día muy especial para mí. Después de permanecer unos días escuchando la predicación de Juan, “el bautizador”, he sentido como un impulso del Espíritu que me introducía en el río y allí he sido bautizado. Lo que he sentido no lo puedo explicar: algo así como si los cielos se abrieran y el Espíritu de Dios se volcara sobre mí y me llenara de su plenitud. Y, de pronto, lo oí. Era una voz a la vez potente y muy suave, una voz que penetraba hasta lo más profundo y que me decía: *«Tú eres mi hijo querido, mi predilecto»*.

Supe que esas palabras eran mi nueva vocación, que esas palabras iban a cambiar mi vida.



Entonces recordé un salmo que me habían enseñado José y María. ¡Tantas veces lo habíamos rezado juntos!: *«Como un padre se enternece por sus hijos, así se enternece el Señor con sus fieles»*.

Sí, así era Dios: un padre bueno que perdona, cura, rescata del sepulcro, colma de amor. Sí, así era el corazón de Dios: compasivo y misericordioso.

En esos momentos descubrí que rezar no es sino repetir, una y otra vez, “Padre”; en esos momentos me sentí llamado a la misión de anunciar a los hombres que Dios era así, compasivo y misericordioso, y que era urgente la implantación de su reinado;

en ese momento supe que ya no volvería a mi casa de Nazaret ni a mi oficio de carpintero. ¡Mi casa serían los caminos! Había que anunciar a todos cómo era el corazón de Dios.

*R/ Como un padre se enternece por sus hijos,
así se enternece el Señor con sus fieles.*

Bendice, alma mía, al Señor,
y todo mi ser su santo nombre;
bendice, alma mía, al Señor,
y no olvides sus muchos beneficios.

*R/ Como un padre se enternece por sus hijos,
así se enternece el Señor con sus fieles.*

Él te perdona todos tus delitos
y te cura de tus enfermedades;
él rescata tu vida del sepulcro
y te colma de amor y de ternura.

*R/ Como un padre se enternece por sus hijos,
así se enternece el Señor con sus fieles.*

El Señor hace justicia
y libera a todos los oprimidos;
él reveló sus caminos a Moisés
y sus portentos a los israelitas.

*R/ Como un padre se enternece por sus hijos,
así se enternece el Señor con sus fieles.*

El Señor es misericordioso y compasivo,
el Señor es paciente y todo amor;
no nos trata como merecen nuestras culpas
ni nos paga según nuestros delitos.

*R/ Como un padre se enternece por sus hijos,
así se enternece el Señor con sus fieles.*

SEGUNDAS LECTURAS

17. CARTA DE SAN PABLO A LOS ROMANOS 5, 5-11

En el corazón del Hijo se nos ha manifestado “*la bondad de Dios y su amor hacia los hombres*” (Cf. Rdv 115). Su corazón es “*la fuente del Espíritu vivificador, el camino y el signo del amor divino*” (Cf. Rdv 114).

La esperanza no nos defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo, que nos ha sido dado.

Pues Cristo, cuando aún éramos débiles, en el tiempo ya establecido, murió por los malvados. Difícilmente habrá quién esté dispuesto a morir por un hombre justo, aunque por un hombre de bien tal vez alguien lo esté; pero Dios mostró su amor para con nosotros en que, siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. Con mucha más razón, justificados ahora por su sangre, seremos librados por él del castigo.

Porque si, siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por medio de la muerte de su Hijo, mucho más, una vez reconciliados, seremos salvados por su vida. Más aún: nos alegramos en Dios por nuestro Señor Jesucristo, por medio del cual hemos conseguido la reconciliación.

Yo, Pablo, fui circuncidado al octavo día; soy del linaje de Israel; de la tribu de Benjamín; hebreo, hijo de hebreos y, por lo que a la ley se refiere, fariseo; en cuanto a la justicia que viene del cumplimiento de la ley, irreprochable. Conocéis mi conducta anterior dentro del judaísmo: con qué crueldad perseguía y trataba de aniquilar a la Iglesia de Dios, y cómo aventajaba en el judaísmo a muchos de mi edad en conservar con todo rigor las tradiciones de mis antepasados.



Luchaba con todas mis fuerzas contra todo aquello que pusiera en duda mis convicciones religiosas. ¡Y los seguidores de Jesús, el Nazareno, lo hacían! Sus creencias, su libertad ante la ley y las costumbres heredadas de nuestros antecesores me perturbaban profundamente; pero, por otra parte, los veía libres, felices... y yo no lo era. ¡Nunca olvidaré la mañana en que asistí a la lapidación de uno de sus seguidores, Esteban!

La ley, las prácticas religiosas se habían convertido para mí en una obsesión. Sólo había una manera de liberarme, o al menos eso creía yo: destruir a esa secta, “declarar la guerra” a ese Jesús y matarle por segunda vez... y ahora de forma definitiva. Pero parecía más bien que era Jesús quien me perseguía a mí. Su pensamiento no me abandonaba ni de noche ni de día.

Y comenzó a producirse un milagro: cuanto más iba conociendo a Jesús y a sus seguidores, más me sentía atraído.

Y en un momento dado, como una revelación, como un rayo que al mismo tiempo me cegaba y me daba una luz intensa, descubrí en Jesús a ese Dios al que yo estaba buscando hacía tiempo y que mis mismas creencias me impedían descubrirlo. En la persona de Jesús, que había muerto perdonando, ofreciendo su vida por aquellos que le crucificaban, había algo divino. Sí, Dios me estaba manifestando en Jesús un amor sin límites que me hacía sentirme persona, una persona libre y realizada; por medio de Jesús descubrí qué significaba existencialmente que Dios era Amor; por medio de Jesús comprendí lo que significaba aquello que recitaba una y otra vez: «*Escucha, Israel, amarás a Dios...*».

Y todo eso que me penetraba hasta lo más profundo del corazón, no era solamente como una ley que se me imponía: era el Espíritu de Jesús, que se derramaba sobre mí y me impulsaba a vivir con su estilo; eran los mismos sentimientos de su corazón, que revestían el mío. Y mi angustia se volvió esperanza; y mi odio, reconciliación.

Finalmente, mi “perseguidor”, a quien yo había perseguido, me había alcanzado.

18. CARTA DE SAN PABLO A LOS EFESIOS 1, 3-10

“El mundo, liberado por la cruz, espera nuestros esfuerzos para que se realice el proyecto del Padre: recapitular todas las cosas en Cristo Jesús” (Cf. Rdv 16).

*¡Bendito sea Dios, padre de Cristo Jesús, nuestro Señor,
que nos ha bendecido en el cielo, en Cristo,
con toda clase de bendiciones espirituales!*

*En Cristo, Dios nos eligió antes de que creara el mundo,
para estar en su presencia santos y sin mancha.*

*En su amor nos destinó de antemano
para ser hijos suyos en Jesucristo y por medio de él.
Así lo quiso y le pareció bien sacar alabanzas
de esta gracia tan grande que nos hacía en el Bien Amado.*

*En él y por su sangre fuimos rescatados,
y se nos dio el perdón de los pecados,
fruto de su generosidad inmensa,
que se derramó sobre nosotros.*

*Ahora nos ha dado a conocer,
mediante dones de sabiduría e inteligencia,
este proyecto misterioso suyo,
fruto de su absoluta complacencia en Cristo.*

*Pues Dios quiso reunir en él,
cuando llegara la plenitud de los tiempos,
tanto a los seres celestiales como a los terrenales.*



Yo me consideraba un fiel seguidor de Jesús; pero eso no quitaba para que mis ideales estuvieran bien lejos de mis pobres resultados.

Año tras año me proponía mejorar, hacía planes –mis planes– para superar mis defectos y, a pesar de mi buena voluntad, la verdad es que los resultados no eran muy halagüeños.

A veces me invadía el cansancio y me preguntaba si alguna vez conseguiría alcanzar mis objetivos.

Pasaba el tiempo y me fui convenciendo de que eso de hacer planes y proyectos no merecía la pena. Así era... y así sería para siempre.

Un buen día recibimos una carta con palabras y pensamientos de nuestro querido Pablo, el fundador de nuestra comunidad y que –según noticias llegadas de Roma– había dado su vida por Jesús, a quien tanto había amado y admirado. Era una carta dirigida a la iglesia de Éfeso y que estaba circulando por las numerosas comunidades que Pablo había fundado.

Cuando comenzó la lectura comunitaria de la carta, me quedé sorprendido por el hermoso himno del inicio. Era una acción de gracias al Padre por medio de Jesús, su hijo muy querido. Entonces descubrí algo que iba a revolucionar mi vida.

Yo intentaba trazar proyectos “preciosos” para alcanzar a Dios y resultaba que era el mismo Dios el que –por medio de nuestro Señor Jesús– tenía un plan para cada uno de nosotros y para nuestra comunidad. Había pasado mi vida intentando elaborar proyectos para llegar hasta Dios y era Dios el que se había abajado hasta nosotros, en Jesús, el Hijo, que se había hecho uno de tantos.

El plan de Dios, su sueño sobre la humanidad realizado en Cristo Jesús, parecía estar en contradicción con la realidad de cada día. ¡Pero había que seguir confiando!

19. CARTA DE SAN PABLO A LOS EFESIOS 3, 8-19

Estamos llamados, a pesar de nuestras pobreza y limitaciones, a anunciar el reino de la caridad. *“El Cuerpo místico no ha alcanzado todavía su pleno desarrollo. Nuestra consagración al servicio exclusivo del amor de Cristo permite a la Iglesia crecer, acelerar el reinado de la caridad”* (Cf. Rdv 117).

A mí, el menor de los creyentes, se me concedió esta gracia de anunciar a los pueblos paganos la incalculable riqueza de Cristo y de esclarecer en qué forma se va realizando el proyecto secreto escondido desde siempre en Dios, creador del universo.

En adelante, los poderes y autoridades del mundo de arriba podrán descubrir, mirando a la Iglesia, los más diversos aspectos de la sabiduría de Dios, conforme al plan que Dios trazó desde el principio en Cristo Jesús. En él ahora nos acercamos a Dios con plena confianza, con la fe que él nos ha dejado.

Por eso, os ruego que no os desaniméis al ver las pruebas que soporto por vosotros. Más bien debéis sentirnos orgullosos de ellas.

Pensando en todo esto, doblo las rodillas en presencia del Padre, al que se refiere toda patria en la tierra y toda familia celestial, pues “patria” viene de “padre”. Que él se digne, según la riqueza de su gloria, fortalecer en vosotros, por su Espíritu, al hombre interior.

Que Cristo habite en vuestros corazones por la fe. Que estéis arraigados en el amor y en él podáis edificaros. Que seáis capaces de comprender, con todos los creyentes, cuán ancho, y cuán largo, y alto y profundo es. En una palabra, que conozcáis este amor de Cristo, que supera todo conocimiento. En fin, que quedéis colmados hasta recibir la plenitud de Dios.



Parece como si los hombres nos empeñásemos en colocar impedimentos y más impedimentos para llegar hasta Dios. Es como si en las puertas del corazón de Dios hubiera un cartel anunciando: *Prohibido el libre acceso*. Son tantas las condiciones para abrir las puertas que, si por nosotros fuese, nunca se abrirían.

Yo, Saulo de Tarso, había vivido eso durante gran parte de mi vida. El Dios que yo anunciaba era así, y lo hacía con la mejor buena voluntad. Pero con eso estaba cerrando las puertas de la misericordia de Dios a la gente sencilla, a la que yo intentaba convencer con mil argumentos de que eran unos grandes pecadores, merecedores del castigo divino.

Pero un día todo cambió. Jesús, el Nazareno, a quien yo perseguía, salió a mi encuentro y me descubrió el “secreto” de Dios. Bueno, un secreto que no era sino el plan de Dios para los hombres y mujeres desde la creación del mundo, pero que nosotros nos habíamos empeñado en ignorar: Dios es para todos, el corazón de Dios es de libre acceso, había que romper las barreras y muros que habíamos construido y mostrar los caminos, libres de peaje, que nos conducían hasta ese corazón.

Todo eso se me reveló contemplando a Jesús en cruz. La herida de su costado era el camino hasta el corazón de Dios, un corazón que no tenía medida y que me hizo abrirme al misterio del Amor que supera toda medida por lo ancho, por lo alto y por lo profundo..., que supera todo conocimiento.

20. CARTA DE SAN PABLO A LOS FILIPENSES 1,8-11

“El amor a nuestros hermanos y a los niños y jóvenes que nos están confiados se enraíza en el mismo Corazón de Jesús” (Cf. Rdv 118). “Nuestro Instituto quiere estar al servicio de nuestros contemporáneos, que no cesan de interpelarnos. Preocupados por su felicidad y por su salvación, nos hacemos presentes a ellos en el Corazón de Cristo” (Cf. Rdv 6).

Porque Dios es testigo de cómo os amo a todos vosotros con el entrañable amor de Cristo Jesús. Y esto ruego: que vuestro amor abunde en experiencia y conocimiento, para que discernáis lo mejor; que podáis aquilatar lo mejor, y llegar limpios y sin tropiezo al día de Cristo, llenos de frutos de justicia, que vienen por Jesucristo, para la gloria y alabanza de Dios.



Del P. Andrés Coindre:

A las hermanas y a los hermanos les pedí que a las nueve de la mañana, sin dejar sus ocupaciones, tomaran la piadosa costumbre de reunirse en el Sagrado Corazón de Jesús y de pedirle que les bendijera y guardara en su santo amor, con esta sencilla invocación: *“Divino Corazón de Jesús, haz que te amemos cada vez más”*.

Precisamente leyendo esta carta de Pablo a los Filipenses fue como me vino la inspiración. Pablo se encontraba en prisión. Él, que había recorrido tantos caminos, que había soportado fríos y calores, que había tomado contacto con tantas personas y fundado tantas comunidades; él, el hombre activo por excelencia... ahora se encontraba en prisión, en la oscuridad y en la estrechez de una celda, en la soledad, sin tener “nada” que hacer.

Había conseguido que el carcelero le proporcionase algo para poder escribir y suplir así con la escritura la presencia de sus hermanos que tanto añoraba. Entonces fue cuando se percató de cuánto los quería. Su corazón estaba lleno de nombres... Y, en esas horas interminables de prisión, a todos los tenía muy presentes en el corazón de Jesús y a todos se hacía presente desde el corazón de Jesús.

Y allí, el prisionero a causa de su Señor, rezaba por sus hermanos y también daba gracias por ellos...

Y allí pedía a Jesús para que el corazón de sus hermanos, lo mismo que el suyo, supiera romper los límites de sus prisiones y de sus límites para alcanzar las mismas dimensiones del corazón de Jesús. Les exhortaba a que su amor no fuera una mera teoría, sino que abundara en experiencia; que fuera un amor que guiara toda su conducta, un amor que les hiciera anhelar la pronta vuelta de Jesús en gloria.

Cuando tuve que marchar a Blois, también sentí con fuerza la ausencia de mis hermanas y hermanos. Y experimenté cuánto les amaba con el mismo amor del corazón de Jesús. Y precisamente desde el corazón de Jesús era desde donde me sentía muy unido a ellos.

Hermanos, ojalá que cada uno de vosotros pudiera repetir las palabras de Pablo: “Dios es testigo de cómo os amo a todos vosotros con el entrañable amor del corazón de Jesús”. Entonces, del mismo modo que el corazón de Pablo, aun en prisión y sufriendo persecuciones, rebosaba de alegría a causa de sus hermanos, también el vuestro se llenará de gozo. ¡Ése es el mejor testimonio que podéis ofrecer: el amor fraterno y la alegría que ofrece esperanza!

21. PRIMERA CARTA DE JUAN 4, 7-16

“Dios es amor. Por amor ha creado el mundo y ha hecho al hombre a su imagen. El Padre ha enviado a su Hijo muy amado entre los hombres para que todos sean salvados. Jesús es el camino, la verdad y la vida” (Cf. Rdv 1). Dios es Amor: así comienza nuestra Regla de vida. Esta afirmación es como la clave y el compendio de la misma. Corremos el peligro de que, a fuerza de repetir esta confesión de fe, la vaciemos de contenido.

Amados, amémonos unos a otros, porque el amor es de Dios.

Todo aquél que ama, es nacido de Dios y conoce a Dios.

El que no ama, no ha conocido a Dios, porque Dios es amor.

En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros: en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él.

En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados.

Amados, si Dios nos ha amado así, debemos también nosotros amarnos unos a otros.

Nadie ha visto jamás a Dios. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros, y su amor se ha perfeccionado en nosotros.

En esto conocemos que permanecemos en él y él en nosotros: en que nos ha dado de su Espíritu. Y nosotros hemos visto y testificamos que el Padre ha enviado al Hijo, el salvador del mundo.

Todo aquél que confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él y él en Dios. Y nosotros hemos conocido y creído el amor que Dios tiene para con nosotros. Dios es amor; y el que permanece en el amor, permanece en Dios y Dios en él.

He presentado en una carta todo lo que fui aprendiendo de mi gran maestro: el “discípulo amado” de Jesús, su amigo y confidente. Tarea imposible y que sólo puede hacerse por aproximación. Aprendí sobre todo cuando nos contaba los recuerdos de sus años junto a Jesús, de manera especial los últimos días de la vida del Maestro. Y también de su mirada:

LECTURAS DE LOS EVANGELIOS

22. MATEO 11, 25-30

Jesús nos invita a aprender en la escuela de su corazón manso y humilde. *“Nuestra consagración es una respuesta de amor a la benevolencia de Dios en una vida totalmente orientada hacia Cristo manso y humilde”* (Cf. Rdv 14).

En aquel tiempo Jesús exclamó:

Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y a los entendidos, y se las has manifestado a los sencillos. Sí, Padre, porque así lo has querido. Mi Padre me ha confiado todas las cosas; nadie conoce perfectamente al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquél a quien el Hijo se lo quiera manifestar.

Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera.



Estaba muy cansado. No era un cansancio físico. Era un peso que oprimía el pecho e impedía hasta el respirar. Y lo peor era que ese sentimiento me lo producían precisamente Dios y su religión. Todo eran privaciones, mandatos imposibles de cumplir. Los pobres estábamos condenados a “estar dejados de la mano de Dios”. Los “buenos” nos consideraban como proscritos.

Yo andaba por la vida agobiado, con la cabeza gacha y el corazón encogido.

Un día iba con unos amigos, todos parecidos a mí. De pronto vimos a unas personas alrededor de alguien al que parecían escuchar y seguir. Resultó muy curioso lo que contemplamos.

Se fueron acercando a él diversos grupos de personas: unos discípulos de Juan el Bautista estaban escandalizados del comportamiento “blando” de Jesús (así se llamaba el personaje); otros le acusaban de ser poco asceta, glotón, borracho y amigo de malas compañías; unos letrados de Cafarnaún le consideraban ignorante; unos escribas venidos de Jerusalén le acusaban de ser cómplice de Satanás; para colmo, su familia pensaba que se había vuelto loco. ¡Menudo panorama! Supuse que eso era para retirarse.

Cuál no sería nuestra sorpresa cuando se acercó a nosotros y, tras dirigirnos la mejor de sus sonrisas, comenzó a rezar: «¡Bendito seas, Padre, porque ocultas las cosas a los sabios y se las has revelado a la gente sencilla!» ¿Se habría equivocado? Nosotros no podíamos ser aquéllos por los cuales daba gracias al Padre. Ahora resultaba que nosotros, a quienes nadie nos había dirigido unas palabras amables, éramos para este hombre los favoritos de Dios y los destinatarios de su revelación.

Luego nos dirigió sus palabras: «Venid a mí los que estáis cansados y fatigados, venid a mi escuela, que soy, como vosotros, manso y humilde de corazón».

Y, como no me había ocurrido desde hacía muchísimos años, el aire penetró hasta lo más profundo de mis pulmones y pude respirar en paz; y me sentí libre y feliz.

23. LUCAS 15, 1-10

Jesús se sentía cercano a los pecadores, y era el hijo predilecto de Dios; los escribas se sentían justos, superiores a la gente del pueblo, y eso les alejaba del verdadero Dios: “*La experiencia de nuestra pobreza personal nos hace más sensibles a las miserias espirituales y materiales de los demás*” (Cf. Rdv 152).

En aquel tiempo los publicanos y los pecadores se acercaban a Jesús para oírlo. Y los fariseos y los maestros de la ley lo criticaban: «Éste acoge a los pecadores y come con ellos».

Entonces les propuso esta parábola: «¿Quién de vosotros, si tiene cien ovejas y se le pierde una, no deja las noventa y nueve en el campo y va en busca de la perdida hasta que la encuentra? Cuando la encuentra, se la echa sobre sus hombros, lleno de alegría, y, al llegar a casa, llama a los amigos y vecinos y les dice: “¡Alegraos conmigo, porque he encontrado mi oveja perdida!”

Pues bien, os digo que habrá más alegría en el cielo por un pecador que se arrepiente que por noventa y nueve justos que no necesitan arrepentirse.

O ¿qué mujer que tenga diez monedas, si pierde una, no enciende una luz y barre la casa y la busca cuidadosamente hasta encontrarla? Y cuando la encuentra, llama a sus amigas y vecinas y les dice: “Alegraos conmigo, porque he encontrado la moneda que había perdido”.

Os digo que así se alegrarán los ángeles de Dios por un solo pecador que se convierta».

Había llegado el momento de conocer y escuchar al tal Jesús. ¡Se oía hablar tanto de él! Las autoridades del templo estaban verdaderamente preocupadas. Un grupo de maestros de la ley nos

habíamos ofrecido para tener información de primera mano y poder presentar un informe.

Al acercarme a su grupo de oyentes, me sentí verdaderamente molesto. La mayoría eran publicanos, pecadores declarados... Tuve que alejarme unos metros para no contagiarme de su impureza. ¡Y, sin embargo, parecían felices!



En vez de comentar textos de los grandes rabinos, estaba contando cuentos, historias extrañas. En la primera, un pastor pierde una oveja, deja las noventa y nueve restantes en el aprisco y va en su busca: ¡como si aquella descarriada fuera más importante que todo el rebaño! En la otra, una mujer pierde una moneda y

está más preocupada por encontrarla que por conservar las otras nueve. Al final, ambos reúnen a compañeros y vecinas para celebrarlo. Seguramente la muy necia se gastaría las otras nueve monedas para celebrar el encuentro de la extraviada. ¡No parecían gente muy razonable!

Pero, ¿a dónde quería ir a parar el tal Jesús? Mi estupor llegó al máximo cuando quiso comparar los comportamientos del pastor y de la mujer con la actitud del mismo Dios, ¡por siempre sea loado! *“Habrá más alegría en el cielo por un pecador que se arrepiente que por noventa y nueve justos que no necesitan arrepentirse”*. Y para insistir en la misma idea: *“Así se alegrarán los ángeles de Dios por un solo pecador que se convierta”*.

Y me dije que aquello o era blasfemo o era sublime. Me imaginé a un Dios que, en vez de escupir continuamente amenazas, tenía un corazón tan grande –y yo diría tan sencillo– que era capaz de emocionarse y alegrarse por un pecador convertido. ¡Alegría!, una palabra que parecía haber borrado de mi experiencia religiosa. ¿Con quién me sentía más identificado?: ¿con esos justos que no necesitan de nadie, porque se creen perfectos, o con esos pobrecillos que alegran el corazón de Dios?

¡Quizás este Galileo tenía razón! Mis compañeros de grupo, por lo visto, hacía tiempo que se habían marchado.

24. LUCAS 15, 1-3. 11-32

La parábola del “padre misericordioso” nos revela que el perdón debe tener la última palabra en nuestras relaciones comunitarias: *“Llevando los unos las cargas de los otros en el perdón y en el olvido de sí mismo, en la benevolencia y en la ayuda mutua, creamos los lazos de una verdadera amistad que llega hasta la corrección fraterna”* (Cf. Rdv 25).

En aquel tiempo los publicanos y los pecadores se acercaban a Jesús para oírlo. Y los fariseos y los maestros de la ley lo criticaban: «Éste acoge a los pecadores y come con ellos».

Entonces les propuso esta parábola:

Había un hombre que tenía dos hijos. El menor dijo a su padre: «Dame la parte de la hacienda que me corresponde».

Y el padre repartió sus bienes entre los dos.

El hijo menor juntó todos sus haberes y unos días después se fue a un país lejano. Allí malgastó su dinero llevando una vida desordenada. Cuando ya había gastado todo, sobrevino en aquella región una escasez grande y comenzó a pasar necesidad. Fue a buscar trabajo y se puso al servicio de un habitante del lugar, que lo envió a su campo a cuidar cerdos. Hubiera deseado llenarse el estómago con la comida que daban a los cerdos, pero nadie le daba algo.

Finalmente recapacitó y se dijo: “¡Cuántos asalariados de mi padre tienen pan de sobra, mientras yo aquí me muero de hambre! Tengo que hacer algo: volveré donde mi padre y le diré: Padre, he pecado contra Dios y contra ti. Ya no merezco ser llamado hijo tuyo. Trátame como a uno de tus asalariados”.

Se levantó, pues, y se fue donde su padre. Estaba aún lejos cuando su padre lo vio y sintió compasión; corrió a echarse a su cuello y lo besó. Entonces el hijo le habló: «Padre, he pecado contra Dios y ante ti. Ya no merezco ser llamado hijo tuyo».

Pero el padre dijo a sus servidores: «¡Rápido! Traed el mejor vestido y ponédselo. Colocadle un anillo en el dedo y

traed calzado para sus pies. Traed el ternero cebado y matadlo; comamos y hagamos fiesta, porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y lo hemos encontrado». Y comenzaron la fiesta.

El hijo mayor estaba en el campo. Al volver, cuando se acercaba a la casa, oyó la orquesta y el baile. Llamó a uno de los muchachos y le preguntó qué significaba todo aquello. Él le respondió: «Tu hermano ha regresado a casa, y tu padre mandó matar el ternero cebado por haberlo recobrado sano y salvo». El hijo mayor se enojó y no quiso entrar.

Su padre salió a suplicarle. Pero él le contestó: «Hace tantos años que te sirvo sin haber desobedecido jamás ni una sola de tus órdenes, y a mí nunca me has dado un cabrito para hacer una fiesta con mis amigos. Pero ahora que vuelve ese hijo tuyo, que se ha gastado tu dinero con prostitutas, haces matar para él el ternero cebado».

El padre le dijo: «Hijo, tú estás siempre conmigo y todo lo mío es tuyo. Pero había que hacer fiesta y alegrarse, puesto que tu hermano estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado».



Éramos dos hermanos: uno, bueno y trabajador; otro, vago y tarambanas. Yo era el segundo. Mi padre tenía un negocio de exportación de vino y aceite bastante próspero. Quería que trabajara en la empresa, como ya lo hacía mi hermano mayor, pero a mí eso de trabajar no me iba: prefería vivir de rentas. Un día entré en la oficina. Allí, en un rincón, había un buen saco de monedas. No lo pensé dos veces. ¡Era mi oportunidad! Lo tomé y me fugué da casa.

Con tanto dinero hice buenos “amigos”, que me adulaban y asistían a todas mis fiestas. Pero todo tiene un fin. Un día el saco se acabó. Llamé a las puertas de mis “amigos”, pero todos parecían haberse olvidado de mí. De la opulencia pasé a la mayor pobreza. Me resistí, pero tuve que decidirme a buscar un empleo. Para colmo de males, era tiempo de crisis. Sólo conseguí “empleos basura”: mucho trabajo y poco salario. Entonces me vino a la memoria la casa de mi padre. Desesperado, decidí volver y pedirle un trabajo en su empresa, fuera lo que fuera.

Me presenté en el almacén, con un pequeño discurso preparado para conmovirle el corazón. Pero, imposible, no quiso recibirme. ¡Estaba tan herido! A la salida, me encontré con mi hermano. Me dijo de todo: ladrón, vago, aprovechado, indeseable...

Al salir, desesperado, me puse a caminar y en una plaza vi a numerosas personas que escuchaban a un predicador. Como no tenía otra cosa que hacer, me puse yo también a escuchar. Estaba contando una historia, ¡era mi propia historia! Un padre tenía dos hijos... Yo ya me la sabía. Pero no, cuando el hijo volvió a su casa las cosas no sucedieron como yo lo había vivido. Rompiendo todas las normas del sentido común, el padre salió corriendo al encuentro del hijo, lo abrazó, no le dejaba presentar sus excusas, lo vistió con el mejor traje, le preparó la mejor fiesta... ¡Sería posible algo semejante!

De pronto salí corriendo hacia él, llorando quise postrarme ante él. ¿Existe ese padre en alguna parte, yo lo quiero encontrar? –le dije. Me levantó, me abrazó y me sonrió. Sí, ven conmigo y lo encontrarás. Y le seguí en su camino...

25. JUAN 10, 11-18

Jesús se presenta como buen pastor. Los superiores han recibido este mismo carisma. *“La autoridad se inspira en el Espíritu de Cristo, que vino no para ser servido, sino para servir. Está al servicio del bien común, de la edificación de la fraternidad y de la persecución de la finalidad religiosa y apostólica del instituto”* (Rdv 209).

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

Yo soy el buen Pastor. El buen Pastor da la vida por las ovejas; el asalariado, que no es pastor ni dueño de las ovejas, ve venir al lobo, las abandona y huye; y el lobo hace estrago y las dispersa; y es que a un asalariado no le importan las ovejas.

Yo soy el buen Pastor, que conozco a las mías y las mías me conocen, igual que el Padre me conoce y yo conozco al Padre; yo doy mi vida por las ovejas.

Tengo, además, otras ovejas que no son de este redil; también a esas las tengo que traer, y escucharán mi voz, y habrá un solo rebaño, un solo Pastor. Por eso me ama el Padre: porque yo entrego mi vida para poder recuperarla. Nadie me la quita, sino que yo la entrego libremente. Tengo poder para quitarla y tengo poder para recuperarla. Este mandato he recibido del Padre.



En la comunidad había problemas. Sin darnos cuenta habíamos formado grupos. Más que una congregación, habíamos llegado a ser una disgregación. Y todos pensaban tener la razón y ser los más fieles guardianes de las enseñanzas de Jesús. No sé si éramos muy fieles a su doctrina; pero, desde luego, no a su ejemplo.

Nuestro dirigente sufría mucho. Un día nos juntó y nos dijo que era ya muy mayor, que no se encontraba con fuerzas para seguir al frente de la comunidad y que, por lo tanto, eligiéramos a otro. Era un hombre bueno y todos le queríamos; pero no hubo manera de que diera marcha atrás en su decisión.

Había que proceder a nombrar su sucesor. Cada grupo quería promover a su “candidato”. Yo no quería entrar en esos juegos... pero cuál no sería mi sorpresa cuando me pidieron que fuera el nuevo “obispo” de la comunidad.

Estaba confuso, no sabía cómo actuar. Fui a ver a nuestro antiguo dirigente. Le pedí que me diera consejo. Su respuesta fue muy sencilla: yo todo lo que sé lo he aprendido de la parábola del pastor bueno, del evangelio del “discípulo amado” de Jesús. Te la lees, reza mucho con ese texto y luego... a ponerlo en obra según tus posibilidades.

Después de leer, llegué a las siguientes conclusiones:

- ✚ El único pastor de la comunidad era el mismo Jesús; yo era, simplemente, colaborador.
- ✚ Mi vida era para las “ovejas”, entregándoles mi tiempo, mi corazón y si fuera necesario... la propia vida.
- ✚ Tenía que conocer a cada “oveja del rebaño”, saber su nombre, y ellas tenían que conocerme a mí.
- ✚ Debía estar en una actitud de vigilancia, atento a los “lobos”, que quieren matar al rebaño.
- ✚ Debía ocuparme no sólo de las “ovejas” buenecitas, sino fundamentalmente de las que estaban perdidas.

✚ No tendría que estar obsesionado por la unanimidad, que mata la libertad; sí por la unidad, que construye en el amor.

A mi preocupación sucedió la calma y le pedí al Buen Pastor, como dice el libro del profeta Jeremías (3, 15), ser un pastor según su corazón.

26. JUAN 15, 1-8

En la despedida de Jesús se nos habla repetidamente de permanecer unidos a él, es decir, de fidelidad. *“La fidelidad a las exigencias de nuestra consagración se apoya en el poder divino, que opera en cada uno el querer y el hacer. Nuestra fidelidad creciente a la gracia representará cada día mejor la Alianza de Dios con su pueblo”* (Cf. Rdv 65).

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

Yo soy la vid verdadera y mi Padre el viñador. Él corta todos los sarmientos que no dan fruto en mí y limpia los que dan fruto para que den más. Vosotros estáis ya limpios por la palabra que os he dicho. Seguid unidos a mí, que yo lo seguiré estando con vosotros.

Como el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo si no está unido a la vid, así tampoco vosotros si no estáis unidos a mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece unido a mí y yo en él, da mucho fruto; porque sin mí no podéis hacer nada. Al que no está unido a mí se le echa fuera, como a los sarmientos, que se los amontona, se secan y se les prende fuego para que se quemem. Si estáis unidos a mí y mis enseñanzas permanecen en vosotros, pedid todo lo que queráis y se os concederá. Mi Padre es glorificado si dais mucho fruto y sois mis discípulos.

Estábamos todos reunidos con Jesús en una cena.

Enseguida nos dimos cuenta de que era una cena de despedida. Y, qué cosas, en vez de ser nosotros los que le animásemos en el momento tan difícil que estaba pasando, era él quien nos daba ánimos a nosotros.

Todos empezamos a sentirnos confusos, desorientados, huérfanos. Se sentía como un clima de traición y de abandono. Y las preguntas comenzaron a brotar de nuestros labios: ¿a dónde vas?, ¿cómo podemos saber el camino que debemos emprender?, ¿por qué te manifiestas a unos y no a otros?, ¿es posible que haya entre nosotros un traidor?, ¿quién es?

Jesús se preocupó de prepararnos para la crisis que se avecinaba y fue describiendo los sentimientos que se albergaban en nuestros corazones: turbación, orfandad, cobardía, miedo, tristeza, escándalo, ganas de huir, dispersión...



De pronto nos contó una parábola que todos podíamos comprender, porque éramos de tierra de buenos vinos y porque conocíamos la Escritura en la que se repetía, una y otra vez, que Israel era la viña del Señor.

El mensaje que nos repetía sin cesar era que, a pesar de que “el rebaño se iba a dispersar cuando hirieran al pastor”, no debíamos olvidar que él no nos iba a dejar solos y que seguiría muy unido a todos nosotros como los sarmientos estaban unidos a la vid; y que nosotros, pasara lo que pasara, seguiríamos unidos a él. Y él, que tantas veces nos había dicho que había que ponerse en camino, ahora nos repetía –hasta en diez ocasiones– que deberíamos “permanecer”: permanecer en él, permanecer en el Amor.

Ésa fue la gran lección que ya nunca he podido olvidar: del mismo modo que él iba a pasar esa noche por la gran tribulación

siendo fiel al amor del Padre y a su misión, a mí me correspondería desde entonces ser testigo del amor fiel de su corazón.

27. JUAN 15, 9-17

Jesús se declara amigo de sus discípulos: *“La oración comunitaria y la escucha de la Palabra estrechan nuestros lazos de amistad”* (Cf. Rdv 24) con los hermanos... y con Jesús. *“Nuestra búsqueda del progreso de la caridad por el camino de los consejos evangélicos, recuerda a todos la exigencia de la conversión del corazón, de la amistad cristiana y de la fraternidad universal”* (Cf. Rdv 5).

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos:

Como el Padre me ama a mí, así os he amado yo; permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, como yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor. Os he dicho estas cosas para que mi alegría esté dentro de vosotros y vuestra alegría sea completa.

Éste es mi mandamiento: amaos unos a otros como yo os he amado.

Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que os mando. Ya no os llamo siervos, pues el siervo no sabe qué hace su señor; yo os he llamado “amigos”, porque os he dado a conocer todas las cosas que he oído a mi Padre.

No me elegisteis vosotros a mí, sino yo a vosotros; y os designé para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca, a fin de que todo lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo conceda. Esto os mando: amaos unos a otros.

Pasé toda la noche en oración en el monte. ¿Había llegado el momento de crear un grupo estable de compañeros? Decidí escoger a doce, recordando las tribus de Israel.

Por la mañanita los discípulos se acercaron a mí. De entre todo el grupo designé a doce. Uno a uno los fui llamando por su nombre: Simón “Pedro”; Santiago y Juan, “los truenos”; Andrés y Felipe; Bartolomé y Mateo; Tomás y Santiago, hijo de Alfeo; Tadeo y Simón el cananeo, y Judas Iscariote. En breves palabras les expliqué qué esperaba de ellos: que estuvieran conmigo, que predicaran por las aldeas de Israel la llegada inminente del Reinado de Dios, que expulsaran a todos los demonios que oprimen a hombres y mujeres. Luego se añadió también un grupo de mujeres: María Magdalena, Susana, Juana y otras más. También otros 72 hombres y mujeres.



Cuando los llamé por primera vez, estaba entusiasmado con el proyecto. Pensaba que se trataba de esos compañeros que permanecen fieles en las tribulaciones, de los que no se duermen cuando los necesitas ni te abandonan cuando llega el peligro, de los que nunca reniegan de haberte conocido. Hoy, en esta otra noche, mucho más oscura, la noche de la despedida, me doy cuenta de que no siempre las cosas ocurren como uno las imagina. He conocido sus debilidades, he visto sus ambiciones, sus disensiones y sus infantilismos, su incomprensión de las palabras que les comunicaba, de su resistencia a aceptar el plan de Dios sobre ellos y sobre mí; pero también he vivido con ellos momentos de intensa felicidad, he visto su entusiasmo y, sobre todo, su cariño hacia mí.

Ahora, al llegar el momento de la despedida, comprendo hasta qué punto los amo, cómo me han robado el corazón, qué dura va a ser la despedida. Ahora siento en lo más profundo de mis entrañas qué es la amistad: todo lo que yo mismo iba recibiendo del Padre,

se lo había ido dando a conocer; y esta vida, que parece que se me escapa, la ofrezco por ellos, para que se mantengan firmes en el amor, para que superen la crisis que se aproxima, que les va a llevar incluso al abandono, la negación y la traición.

Y yo me pregunto si ellos también se sentirán mis amigos; ellos y todos los que a lo largo de los siglos continuarán propagando el sagrado mensaje del anuncio del Reino de Dios que está llegando a los hombres.

28. JUAN 17, 20-26

Nuestra oración comunitaria es continuación de la oración que Jesús dirigió al Padre antes de morir: *“Unimos nuestras voces y nuestros corazones a la oración del Hijo, que alaba sin cesar al Padre e intercede por la salvación del mundo entero”* (Cf. Rdv 137).

No ruego sólo por ellos, sino también por los que crean en mí a través de su palabra. Que todos sean una sola cosa; como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, que también ellos sean una sola cosa en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado. Yo les he dado la gloria que tú me diste para que sean uno, como nosotros somos uno. Yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectos en la unidad, y así el mundo reconozca que tú me has enviado y que los amas a ellos como me amas a mí.

Padre, yo quiero que también los que me has confiado estén conmigo donde yo estoy, para que vean mi gloria, que me has dado, porque antes de la creación del mundo ya me amabas.

Padre justo, el mundo no te ha conocido, pero yo sí te he conocido; y ellos han reconocido que tú me has enviado.

Les he dado a conocer tu nombre y se lo seguiré dando a conocer, para que el amor que tú me tienes esté en ellos y yo en ellos.



Después de la cena me retiré a orar al huerto de Getsemaní. Invité especialmente a Pedro, Santiago y Juan a que me acompañaran en mi oración. De pronto sentí una angustia que nadie podría ni imaginar. Los acontecimientos me habían hecho considerar la posibilidad de una muerte violenta... y ese momento había llegado. Y sentí miedo, y sentí angustia.

Y era algo más que un miedo a la muerte, era experimentar el fracaso de la misión que se me había encomendado. ¿En dónde estaba ese reinado de Dios que llegaba para los pobres y abandonados? Habían ganado los de siempre... y el Reino no se había hecho presente. Sentí sobre mí el pecado de todos, me sentí pecado. Grité al Padre... y sólo recibía el silencio como respuesta.

Acudí a mis amigos... y los encontré dormidos. Y no sé por qué, cuando los vi tan débiles y vulnerables, a pesar de mi situación límite, pensé que quizás eran ellos, más que yo, los que necesitaban experimentar la presencia del Dios compasivo.

Y así fue como comencé a pedir al Padre por ellos. Al contemplarlos, mi angustia se iba convirtiendo en compasión. ¿Era ésa la respuesta del Padre a mi oración? A pesar del fracaso de mi misión, quizás aún podía hacer algo antes de morir: interceder.

Y dirigí mi corazón al Padre, al que sentía tan ausente; y le pedí que, una vez pasados esos momentos de crisis en que todos se iban a dispersar, volvieran a unirse y se sintieran tan unidos

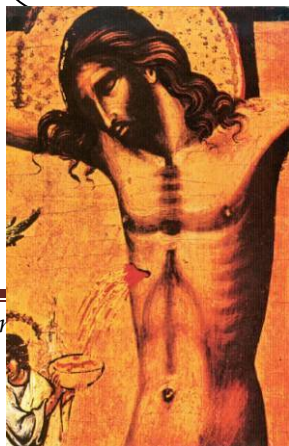
como yo me había sentido a él a lo largo de mi vida, para que así el mundo creyera. Sólo ellos iban a prolongar y a hacer posible la misión que parecía quedar incompleta.

Y, mientras hacía esta oración, me sentí confirmado en mi misión y preparado para enfrentarme a los acontecimientos que ya eran muy cercanos. De pronto oí el griterío de un grupo de personas que venían armadas para prenderme. Y, cuando los vi, les miré con cariño...

29. JUAN 19, 31-35.

Al evangelista, contemplando el costado abierto de Jesús, se le reveló el inabarcable amor de Dios manifestado en Jesús, que nos había abierto su corazón: *“La espiritualidad del instituto brota de la contemplación de Cristo, cuyo corazón abierto significa y manifiesta el amor trinitario a los hombres”* (Cf. Rdv 14).

Los judíos, como era el día de la preparación, no querían que quedasen los cuerpos en la cruz el sábado –porque aquel sábado era muy solemne–. Así que rogaron a Pilato que les quebraran las piernas y los retiraran. Fueron, pues, los soldados y quebraron las piernas del primero y del otro crucificado con él. Pero, al llegar a Jesús, como lo vieron ya muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza, y al instante salió sangre y agua. El que lo vio lo atestigua y su testimonio es válido, y él sabe que dice la verdad, para que también vosotros creáis.



Padre, ¿por qué me has abandonado? Yo estuve siempre cerca de los que se sentían desamparados. Tú me habías enseñado a tener unas entrañas compasivas, yo había aprendido de ti a no perder nunca la esperanza.

- Mi corazón se conmovió cuando vi al leproso que me suplicaba: «*Si quieres, puedes limpiarme*». Y el leproso recobró la salud y la esperanza.
- Mi corazón se conmovió cuando vi a la muchedumbre cansada y abandonada, como ovejas que no tienen pastor. Y sintieron que habían recobrado el camino cuando les hablé de ti, el padre compasivo siempre dispuesto a recibir a los hijos perdidos.
- Mi corazón se conmovió cuando vi a la muchedumbre hambrienta. Y yo mismo me hice pan para ellos.
- Mi corazón se conmovió cuando vi a los dos ciegos que gritaban al borde del camino: «*¡Hijo de David, ten compasión de nosotros!*» Y la compasión hizo posible que en las tinieblas brillara la esperanza.
- Mi corazón se conmovió ante las lágrimas de la viuda de Naín. Y esas lágrimas se convirtieron en cantos y risas.
- Mi corazón se conmovió cuando vi el llanto de Marta y María ante la tumba de su hermano, mi amigo Lázaro. Y del hueco del sepulcro surgió la esperanza de una vida nueva y definitiva.

Y ahora todo está consumado y soy yo el que se encuentra solo... y nadie viene en mi ayuda: ¡No me dejes solo! ¡Padre, en tus manos encomiendo me espíritu!

Gracias, oh, Padre, porque, aunque no lo sienta demasiado, sé que estás cerca, como un día yo lo estuve del leproso, de las muchedumbres sin pan y sin pastor, de los ciegos, de la viuda desamparada, de los que iban a caer bajo el imperio de la muerte.

Padre, mi corazón está a punto de romperse; pero de allí va a surgir una fuente con un agua que brotará hasta la vida eterna.

*La gracia estaba en el fondo de la pena
y la salud brotando de la herida;
por eso, del corazón traspasado de Jesús*

*surgió una fuente de esperanza
para los que, en todos los tiempos,
se acerquen a “sacar el agua con alegría
a las fuentes vivas de la salvación”.*

CONCLUSIÓN: EL CORAZÓN DE MARÍA

30. Juan 2, 1-5; 19, 26-27. 34

Durante un mes hemos meditado los textos de la Palabra en los que se nos revela cómo es el corazón de Dios, cómo es el corazón de Jesús. Ahora, al final de este recorrido, recordamos aquellas palabras del evangelio de Juan: “*Haced lo que él os diga*”, así como éstas de la Regla de vida: “*A quien conservaba todas estas cosas en su corazón, le pedimos que nos introduzca cada día más profundamente en el misterio del amor de Cristo*” (Cf. Rdv 119).

Tres días después hubo una boda en Caná de Galilea, en la que estaba la madre de Jesús. Invitaron también a la boda a Jesús y a sus discípulos. Se terminó el vino, y la madre de Jesús le dijo: «No tienen vino». Jesús le contestó: «¿A ti y a mí qué, mujer? Mi hora todavía no ha llegado». Su madre dijo a los sirvientes: «Haced lo que él os diga». [...]

Jesús, al ver a su madre y junto a ella al discípulo preferido, dijo a su madre: «Mujer, ahí tienes a tu hijo». Luego dijo al discípulo: «Ahí tienes a tu madre». Y desde aquel momento el discípulo se la llevó con él. Uno de los soldados le traspasó el costado con una lanza, y al punto salió sangre y agua.



Aquí estoy, junto a mi hijo clavado en una cruz. Sólo hace unos instantes he escuchado sus últimas palabras: *Todo está cumplido*. Y he sentido como si su último suspiro fuera un regalo de su Espíritu, que ahora me lo transmitía a mí.

Siento mi corazón destrozado por el dolor y, al mismo tiempo, hay como un rescoldo de una alegría que calienta ese corazón helado. De mis ojos brotan las lágrimas; pero, sin comprenderlo muy bien, siento en mi corazón como un manantial de agua viva.

Cuando del costado de mi hijo, tras recibir el golpe de gracia de la lanza, han brotado agua y sangre, no he podido menos de recordar aquellos momentos felices de las bodas en Caná. Aquel día en que animé a Jesús a comenzar su camino hacia su “hora”. Y hoy, cuando su “hora” se ha cumplido, es él quien me ha lanzado por el camino de una nueva maternidad.

Aquel día invité a los allí presentes con estas palabras: *Haced lo que él os diga*. Hoy, cuando mi hijo me ha confiado como “hijo” a su discípulo más querido, he comprendido que mi misión no va a ser sino repetir aquellas palabras: *Haced lo que él os diga*; porque tengo la certeza de que no ha acabado todo aquí y de que sus palabras van a seguir resonando por medio de ese Espíritu que él acaba de derramar.

Sí, lo he comprendido al ver esas gotitas de agua y de sangre que salían de su costado y que, de pronto, me han parecido como un torrente cuyas aguas, purificadoras y salvadoras, llegan hasta los confines de la tierra y hasta lo más profundo de los corazones de los que desde ahora son mis hijos.

Estad atentos, escuchad las palabras del Espíritu de mi Hijo, guardadlas en el corazón y *“haced siempre lo que él os diga”*.

ÍNDICE

Introducción

Prólogo

Mensaje “actualizado” del padre Andrés Coindre

1. **Del corazón de María al corazón de Jesús:** Lucas 11, 27-28

Primeras lecturas: antiguo testamento

2. Éxodo 34, 4b-6. 8-9: Señor, Señor, Dios compasivo y misericordioso.
3. Deuteronomio 7, 6-11: El Señor se enamoró de vosotros y os eligió.
4. Deuteronomio 10, 12-22: Os amó y de su descendencia os escogió.
5. Isaías 49, 13-15: Aunque una madre se olvide de su hijo, yo no te olvidaré.
6. Jeremías 31, 1-4: Con amor eterno te amé.
7. Ezequiel 34, 11-16: Yo mismo apacentaré a mis ovejas.
8. Oseas 11, 1. 3-4. 8c-9: Se me revuelve el corazón.

Primeras lecturas en tiempo pascual

9. Apocalipsis 3, 14. 20-22: Comeremos juntos.
10. Apocalipsis 5, 6-12: Con tu sangre nos has comprado para Dios.

Salmos responsoriales

11. Isaías 12, 2-6: Sacaréis aguas con gozo.
12. Salmo 22, 1-6: El Señor es mi pastor.
13. Salmo 24, 4-10. 14: Acuérdate, Señor, de tus misericordias.
14. Salmo 32, 1-2. 4-5. 11-12. 18-21: La misericordia del Señor llena la tierra.
15. Salmo 33, 2-9. 17-19. 23: Gustad y ved qué bueno es el Señor.
16. Salmo 102, 1-10: *Como un padre se enternece por sus hijos, así se enternece el Señor con sus fieles.*

Segundas lecturas: nuevo testamento

17. Carta de san Pablo a los romanos 5, 5-11: El amor de Dios en nuestros corazones.
18. Carta de san Pablo a los efesios 1, 3-10: Su gracia ha sido un derroche para con nosotros.
19. Carta de san Pablo a los efesios 3, 8-19: La riqueza insondable que es Cristo.
20. Carta de san Pablo a los filipenses 1, 8-11: En el corazón de Cristo Jesús.
21. Carta 1ª de Juan 4, 7-16: Él nos amó.

Lecturas de los evangelios

22. Mateo 11, 25-30: Soy manso y humilde de corazón.
23. Lucas 15, 1-10: Alegría por un pecador que se convierte.
24. Lucas 15, 1-3. 11-32: Alegría por el hermano que ha revivido.
25. Juan 10, 11-18: El buen pastor da la vida por las ovejas.
26. Juan 15, 1-8: Permaneced en mí y yo en vosotros.
27. Juan 15, 9-17: Éste es mi mandamiento: que os améis.
28. Juan 17, 20-26: Los he amado, como me has amado a mí.
29. Juan 19, 31-35: Le traspasó el corazón.

Conclusión: el corazón de María

30. Juan 2, 1-5; 19, 26-27. 34

El último día de la fiesta, que era el más solemne, Jesús, puesto en pie, exclamó con voz potente: «El que tenga sed, que venga a mí. Pues, el que cree en mí, tendrá de beber». Lo dice la Escritura: “De él saldrán ríos de agua viva” (Juan 7, 37-38).

Jesús dijo a la mujer samaritana: «El que beba del agua de este pozo volverá a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré, nunca volverá a tener sed. El agua que yo le daré se convertirá en él en un chorro que salta hasta la vida eterna» (Juan 4, 13-14).

Y la mujer dejó el cántaro junto al pozo y se volvió a su pueblo para anunciar la buena noticia de Jesús. Ya no necesitaba de cántaro, pues ella se había convertido en fuente.





Hermanos del Sagrado Corazón
Provincia de España
Casa provincial
C/ Ricardo Calvo, 6
28.016-Madrid